

DENTRO DE BLE

Pretendía salir de su caja.

– 2, 4 – rajó el fiso que la sujetaba.

– 3, 5 – sustituyó este por dos tiras de cinta aislante que compró el día anterior en el mercado de al lado de su casa.

Ble sonrió por primera vez en una semana; muy pronto todo sería perfecto.

Pero la realidad no era tan idílica, pues el miedo, que era el más insistente, seguía intentando escapar de la caja, igual que las otras emociones que tenía encerradas en las cajas de cartón de los estantes.

Quizás podría dejar escapar un poco de la rabia, pues así evitaría injusticias como que su hermana entrara en su habitación sin permiso.

Pero ya no había vuelta atrás. Se había prometido a sí misma que las despedía. No iba a readmitir a ninguna. El trabajo que realizaban no le gustaba.

Así sería más fácil sobrevivir al día siguiente.

Adiós a la rabia, que solo le hacía pensar en cosas que no podía cambiar.

El asco también fue encerrado. Le impedía comerse las espinacas de su padre, pero también la delataba cuando vomitaba en el baño del instituto, obligándola a dar explicaciones.

La tristeza no tardó en seguir el mismo camino. Le recordaba a su abuelo y la hacía llorar por cualquier cosa.

El miedo fue el que más costó. Pensó que sin él sería más fuerte.

Adiós a las pesadillas.

Adiós a pensar en la muerte.

Adiós a todo lo que no quería sentir.

Sería una fantasía en un mundo donde no había peligros, dificultades o problemas.

Pero solo le dejaba una sensación de vacío, que consolaba comiendo.

Decidió deshacerse una por una de todas ellas. Y solo se quedaría con una:

LA ALEGRÍA

Ahora sería “Ble la alegre”.

Ble la fuerte.

Ble a la que todo le da igual.

Todo parecía mejor.

No discutiría con su madre.

Tampoco con su hermana, su padre, sus amigas ya no tan amigas...

Adiós a las preguntas.

Ya no le importaría tanto que su tío, al que no veía desde hacía meses, no fuese a sus cumpleaños porque tenía que trabajar, o simplemente no viniera a visitarla de vez en cuando, solo cuando se ponía enferma.

Ble se miró al espejo. Inevitablemente no podía dejar de sonreír.

Pero la felicidad se iba extinguiendo, pues no podía manejar toda la situación para mantener a flote el barco.

El barco seguía en pie, pero sin tripulación.

Sin rabia, sin miedo, sin tristeza... algo faltaba.

Pasaron semanas. Semanas en las que la alegría se fue apagando y debilitando.

Todo seguía igual:

El instituto: igual.

Su tío: sin venir.

Ni siquiera ella misma se encontraba bien. Lo único sobrante era su felicidad fantasma.

Y ya estaba dispuesta a decirlo y a aceptarlo.

Ya no se acordaba de la última vez que sonrió de verdad.

Así que una tarde, cuando ya no le importaba nada, se acordó del antiguo sótano. Aquello acabó siendo una ojeada a las antiguas cajas, que llevaban ya allí meses; cajas de las cuales ni se acordaba.

Así que, sin poder evitarlo, abrió las cajas con curiosidad para saber qué había allí.

Abrió la más pesada: la caja donde residía el miedo.

Sin pensarlo dos veces, el miedo, nada más apartar un poco la tapa, volvió al cuerpo de Ble, que fue recobrando un poco el sentido.

Abrió otra, la tristeza, y al instante esta hizo lo mismo que el miedo. Como un rayo, se coló en el cuerpo de la chica, que empezó a llorar de decepción viendo lo que había hecho.

La furia fue la siguiente. También se metió dentro de Ble.

Una por una, regresaron.

Y con ellas, algo más. No fue alegría lo primero que sintió:

fue alivio; algo se iluminó dentro de ella.

Y luego, poco a poco, volvió todo lo demás.

Esa tarde lloró.

Gritó.

Golpeó un cojín.

Y también se rió sin saber muy bien por qué.

Cuando su madre la encontró, no supo qué decir.

– No pasa nada, no llores.

– Sí pasa – dijo Ble entre lágrimas.

Y por primera vez, lo contó todo.

Ni fuerte.

Ni perfecta.

Ni “Ble la alegre”.

Solo era Ble.

Y estaba viva.

Esta vez... no sintió ganas de cerrar ninguna caja.